



DON EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

José Israel Cuello

Es vago el recuerdo de aquella tarde a finales del octubre de 1961, cuando se encaminaron hacia la casa del historiador los pasos de unos jóvenes, portadores de la insolencia que dan la razón y el haber actuado en el momento en que era posible el triunfo.

Enclavada la vivienda en la historia misma de la ciudad histórica, debían discutir allí sobre los elementos que regularían la educación superior en régimen de autonomía y de subsidios estatales, como uno de los primeros elementos de la liberalización y de la descentralización administrativa que eran secuela aceptada por todos, tras la desaparición física de quien encarnó el absolutismo e hizo de las instituciones una ficción de ordenamiento jurídico inoperante.

Era don Emilio Rodríguez Demorizi en ese tiempo el Secretario de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos en el gabinete reestructurado de Balaguer tras el 30 de mayo.

Como preceptor que había sido en la Academia Militar Batalla de las Carreras del hijo mayor de Trujillo, era persona de toda la confianza para éste, que moriría sin enterarse de las artes de la política, en el manejo de las cuales su padre realmente sobresalió.

Ya había sido también la persona encargada de negociar con

una facción del exilio, en Miami, los retornos autorizados y propiciados por el supremo tutor de los imperios.

Esa tarde se discutió poco sobre autonomías y sobre reglamentaciones. El ambiente dominó a la concurrencia.

Los techos altos y las paredes de coloridos antiguos y desleídos de la vieja casona colonial, las vitrinas atiborradas de cosas cuidadas que fueron mostradas en forma atropellada por quien las conocía en detalles, a jóvenes con limitado acceso a todos los presupuestos intelectuales que permiten al coleccionista valorar entre miles de piezas y papeles los centenares que merecen la adoración y el culto, trastocaron la arrogancia y la violencia verbal, que era el estilo del momento, en reverencia y respeto.

Y después, todo fue fácil. La ley se aprobó con la premura de los tiempos de cambio. Porque hasta José Pimentel y Federico Fiallo estuvieron prestos en las Cámaras Legislativas para levantar la mano acostumbrada a la docilidad, en un momento en que el mayor de los tiranos, la multitud, indicaba el camino y el sentido de la aprobación, la conveniencia de las nuevas docilidades.

Historiador en ejercicio, más que ministro en la plenitud de sus poderes, su esposa, doña Silverita, dejaba su comida para luego, en interés de tomar día a día las notas del diario donde se recogieron en detalle sus vivencias de esa época crucial, antes de que el desarrollo de los acontecimientos le retomara a la tranquilidad y al cotejo de papeles, a su afán inagotable de ordenar en libros la documentación copiosa que en permanente acumulación hizo de sus obras un acervo inestimable al servicio de todo aquel que pretenda manejar la historia dominicana e interpretarla; y, como sustento de ello, la inmensidad que en sus archivos y biblioteca, más de una vez saqueados, que donó a la Fundación que lleva su nombre para usufructo de la Academia Dominicana de la Historia.

No duraría mucho esa tranquilidad antes de que se le llamara otra vez desde la función de analizar documentos y escribir la historia, a la otra, que nunca evadió, de hacer la historia. La revolución de abril le encuentra y le junta al Coronel Caamaño, constituyéndose en el redactor de algunos de sus discursos memorables, y le lleva su único hijo varón, que, bisoño, cae en San Carlos bajo fuego enemigo.

El antiguo profesor de militares en la Academia Batalla de las Carreras, se convertía en Maestro en el terreno de batalla.



Educados en una escuela que enaltecía al militar héroe que más tarde dudaría de la viabilidad de la Patria, Pedro Santana, los militares dominicanos de la década de los 60 se juntaron con su guía en el difícilísimo trance donde debía ratificarse que ella era viable, y ante el desembarco más poderoso que hubiese registrado la historia de atropellos, ya seculares.

Débil el sentimiento patrio por treinta años de despotismos erosionantes de los valores más altos, de esas batallas de 1965 se nutrió el tronco de nuevos patriotismos y don Emilio supo entonces ¿cuándo si no? decirles a los de entonces y a los de ahora, con voz de quien ha analizado la historia y ha sabido escribirla con hechos, de qué lado estaba la Patria en ese momento aciago.

Con esa nueva montañía de papeles y de hechos, se replegaría de nuevo al discreto retiro, donde dos décadas continuas de producción imperecedera marcarían un nuevo esplendor en la sucesión incontrolada de publicaciones.

Su emoción ante un nuevo título, propio o de alguno de sus pocos y entrañables amigos, sólo era comparable a la que siente el novel autor ante su primera obra. Siempre era primerizo.

El color de la portada nunca le importó. Era fachada. La encuadernación perfecta sí era su preocupación, porque le garantizaba duraciones mayores, ¡Y el lomo! ¡Cuántas veces corrigió siete o nueve veces un lomo impreciso, para llamar de nuevo al día siguiente interesado en agregar un dato más o en precisar el colocado unas horas antes. Porque "los libros, si mueren, mueren de pie, amigo; después que Ud. los lee y sabe lo que contienen, por donde se localizan es por los lomos".

Y en ese mismo sentido eran sus rigurosidades con las referencias bio-bibliográficas, con los colofones, con todo lo que permite describir el conjunto llamado libro.

Mario Vargas Llosa, a mediados de la década de los 70 preguntaba por la huella de Pedro Herfquez Urefña en la cultura dominicana, por la lectura aquí de sus libros, por el conocimiento de su vida y labores de dimensiones continentales.

Y fundamentaba su pregunta en el hecho de que uno de sus maestros había bebido en esa fuente, la del Maestro Herfquez Urefña, y de él había recibido el tono de devoción que traslucían sus palabras, asombrado de que de esta isla, sensual por tropical, lujuriosa por sus vegetaciones y colores y soles y



brillos, hubiese salido una mente tan potente como para ser magistral en Buenos Aires y en México, en La Habana y en universidades norteamericanas.

Grande fue su alegría cuando supo que otro dominicano era depositario de sus archivos y que ese dominicano no cejaba hasta que se publicara ese formidable epistolario de Henríquez Ureña con Alfonso Reyes.

Y entonces fue necesario hablarle al eximio escritor peruano sobre don Emilio Rodríguez Demorizi y los méritos que le permitían ser depositario de tal tesoro documental. Sus más de cien obras publicadas a esa fecha, acicatearon el deseo ya latente de conocerle.

La generosidad de Juan Jacobo de Lara y la protección de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, permitieron que años después fuera publicado el epistolario, dando satisfacción a ese anhelo del albacea responsable.

Pero no fue sólo eso ni ahí terminaban sus labores. Simultáneamente afrontaba otra no menos ciclópea: la publicación de los seis tomos de las Noticias Históricas de Fray Cipriano de Utrera, contenidas en minúsculos tomitos hechos en papel infame, escritos a maquina, sin espacios, no a un espacio, y de ambos lados de la cara, atesorada investigación que el coleccionista entendía como misión de vida divulgar, y que pasaron a constituir los primeros publicados por la "Fundación Rodríguez Demorizi", heredera de ingentes bienes destinados al mayor y más respetuoso de los cuidados.

Con esos gestos de superioridad inalcanzable, rompía paso a paso el muro de difamaciones y mentiras que sobre su personalidad y sus hábitos de vida se emitían a diario en los mentideros políticos por las mediocracias intelectuales que hacen de la envidia el nutriente de sus pasiones.

Sus papeles, a pesar de que más de uno de sus mismos detractores fue capaz de pagar para que se sustrajeran, siempre estuvieron disponibles para la investigación seria o para el joven que buscara la orientación necesaria.

Los sucesivos engaños y las permanentes traiciones no le impidieron reincidir en la generosidad y en el desprendimiento.

Con los bienes materiales, al que daba su confianza habitaba su bolsillo; hermético por el lado de la desconfianza, desgozado por el lado de la amistad y del cariño.

Discutidor de centavos en el precio por página de una



edición, entregaba miles de pesos a confianza, sin exigir la emisión inmediata de un recibo o de cualquier otro documento.

Y en ese hacer permanente se fue quedando solo. Los que junto con él habitaron el mundo de las letras y de la historia, del afecto y del amor, le fueron abandonando vencidos por la vida.

Fue así como un día le tocó amanecer solo frente al cadáver de doña Silverita, la misma que dejaba de comer para tomar notas mientras él se alimentaba presuroso en el tránsito a la democracia del semestre final de 1962. La misma que aquel 25 de enero de 1960 cruzara a la iglesia de Las Mercedes, en complicidad histórico-amorosa, en identidad con el historiador-marido, a tomar las notas de una Carta Pastoral de los obispos dominicanos que anunciaba el final ineluctable de lo que parecía infinito.

Pero más recientemente cayó don Vetilio, ya los cinco libros que de cada edición nueva le eran necesarios para entregar con el final de la tarde a sus amigos entrañables, se fueron reduciendo. Con uno o dos le bastaba.

El descanso mental cotidiano, la tertulia que permite el intercambio de las ideas acumuladas y reordenadas en la jornada, terminó refugiándose en un lugar único, "donde Calderón... que lo lee todo, que dice que Ud. tiene garras al escribir,... que me habló de un artículo suyo", donde Telésforo R. Calderón, a quien le administró el silencio.

Recluido en un mutismo total tras la caída de Trujillo, don Telésforo R. Calderón sólo se comunicaba con la vida a través de don Emilio Rodríguez Demorizi, quien le nutría de vida con su afecto y deferencias y las deferencias que por su medio transmitía a sus amigos, sobre los cuales llegó a generar afectos indirectos, por sus mensajes alentadores y por sus juicios críticos dotados del cúmulo de experiencias de un hombre que tuvo mucho poder, que ejerció el mucho poder, y que entendió que los nuevos tiempos le imponían la dignidad del ostracismo.

Tras la muerte de Calderón, don Emilio empezó a palidecer, comenzó a morir con él. Las pruebas de dos CLIO no le apuraban, y cuando las recibió hubo de entregárselas tal vez por primera vez a otro académico para que las corrigiera.

En su última llamada, la angustia por los destinos nacionales era hipertrofiada por su propia soledad. "Que le den el triunfo a ese hombre (a Balaguer), pero que no se manchen con el



desconocimiento de unas elecciones", decía refiriéndose a la crisis electoral entonces vigente. Y no murió feliz.

LISTIN DIARIO, 30 de junio de 1986.

